



HISTORIA DE CHILE

I

SI examinamos un mapamundi, vemos que las tierras habitadas por los hombres se dividen en dos grandes grupos, separados entre sí por vastísimos océanos. Uno de estos grupos lo forman la Europa, el Asia y el África; el otro, la América del Norte y la América del Sur, esto es, el continente que habitamos.

Hace poco más de cuatrocientos años, la existencia de cada uno de estos grupos era completamente desconocida para los habitantes del otro.

La Europa, el Asia y el África llevan el nombre de Viejo Mundo, porque allí floreció la civilización desde los tiempos más remotos. Primero en Egipto, en la India y en la Caldea, más tarde en Grecia y en Roma, y por último en el occidente de Europa, los hombres fueron poco a poco inventando medios de vivir cada vez más perfectos, fundaron naciones organizadas, y mediante la ciencia de la escritura, y de la imprenta en seguida, las generaciones pudieron transmitir a la posteridad los conocimientos útiles.

Hasta mediados del siglo XV, el arte de la navegación no había alcanzado grandes progresos, ni aun en los pueblos más civilizados de entonces. Los marinos no se atrevían a apartarse en sus viajes de la vista de las costas, y así no es de extrañar que la existencia del continente americano no fuera ni siquiera sospechada en el Viejo Mundo.

Los más atrevidos navegantes de esa época deseaban sobre todo llegar por mar hasta la India, país de fabulosas riquezas, donde se producían artículos de comercio que alcanzaban en Europa precios muy subidos. Podemos ver en el mapa que el camino de la India era largo, pues para llegar allá desde Europa era preciso dar la vuelta a toda el África y atravesar en seguida el Océano Índico.

Fué entonces cuando los sabios del siglo XV comenzaron a enseñar la doctrina de la redondez de la tierra. Lo que no sabían era el tamaño exacto del mundo, que juzgaban mucho más pequeño de lo que es en realidad. Era natural, pues, que algunos comerciantes atrevidos se imaginaran que, saliendo desde Europa por el Oeste y navegando al través del Atlántico, se llegaría muy luego a la India. En la figura adjunta vemos dos representaciones de la tierra: en una, ésta aparece tal como es, y en la otra tal como se la imaginaban en el siglo XV. Fácil es comprender cuál era el camino nuevo por donde se esperaba llegar a la India.

Cristóbal Colón fué un navegante italiano, oriundo de Génova, que obtuvo de los reyes de España Fernando e Isabel los recursos necesarios para buscar el nuevo camino de las Indias.

La expedición partió en tres carabelas, toscas embarcaciones de madera, no mucho más grandes que las lanchas

El Libro de la América Latina

de nuestros puertos. Pero Colón no llegó a la India, como lo pretendía.

En su camino encontró todo un mundo, que era la América.

En este nuevo continente los hombres no habían alcanzado el grado de civilización que los pueblos del Viejo Mundo. Vivían en estado casi completamente salvaje. Sólo en Méjico y en el Perú se habían constituido imperios más o menos organizados, pero cuyos habitantes ignoraban la escritura, o apenas comenzaban a tener rudimentos de ella.

La superioridad de los descubridores europeos era manifiesta respecto de los americanos. Así les fué fácil conquistar en muy pocos años la mayor parte del continente. Hombres vestidos de hierro, como era entonces la costumbre de los guerreros en Europa, y que conocían las armas de fuego y el uso del caballo, dieron pronto cuenta de los americanos desnudos e indefensos.

CHILE, ANTES DEL DESCUBRIMIENTO

¿Qué era Chile, antes de la llegada de los conquistadores españoles? Difícil parece ahora imaginarlo.

A pesar de todo, un hombre familiarizado con nuestro país tal como es hoy, lo reconocería inmediatamente si, por un milagro, le fuera dado el transportarse a aquel tiempo.

La forma del territorio era entonces casi la misma de ahora. Vería los mismos cerros y las mismas llanuras y valles, bajo un aspecto que, a lo menos en las grandes líneas del paisaje, no ha cambiado.

Pero no existían entonces ni ciudades, ni caminos, ni ferrocarriles, ni haciendas, ni campos de cultivo cuidadosamente delineados, ni nada, en fin, de lo que en nuestro Chile actual es la obra del hombre.

Chile es una estrecha faja de tierra, encerrada entre las grandes cordilleras de los Andes y el mar. Hacia el Norte se extienden grandes desiertos, pero a medida que se camina hacia el Sur, lluvias frecuentes empapan la tierra, y ésta se cubre de verdura más y más

robusta, hasta llegar a los magníficos bosques de Arauco.

Entonces sucedía lo mismo, pero la vegetación era toda, o casi toda, obra sólo de la Naturaleza. Para imaginar el aspecto que presentaba el país, podemos trasladarnos ahora a uno de esos parajes no cultivados, en que se conserva el monte virgen sin huella alguna del trabajo humano.

Los sabios ignoran todavía en qué tiempo llegaron a Chile sus más antiguos pobladores, e ignoran también el país de donde procedían. Por los escasos restos que aun quedan de sus campamentos, se sabe que esos primeros habitantes de Chile vivían de preferencia a orillas del mar, que se ocupaban de la pesca y que no conocían probablemente el uso del fuego, ni el de los animales domésticos.

Esos salvajes poseían muy pocos instrumentos; éstos eran piedras muy toscamente labradas, que les servían de armas para defenderse de los animales o de los otros hombres. No comían sino pescado crudo, mariscos y frutas silvestres. Vivían en pequeños grupos a lo largo de la costa, casi sin relaciones entre ellos.

Todavía quedan algunos descendientes de esos hombres primitivos, principalmente en las costas del Norte, donde se les denomina *changos*, y en las regiones vecinas al estrecho de Magallanes, donde existen aún las tribus llamadas *fueguinas*, que ocupan el nivel más bajo entre todos los hombres que pueblan hoy el mundo.

La mayor parte de los indios que poblaban a Chile cuando llegaron los españoles, pertenecían a otras razas más inteligentes y adelantadas, pero que llegaron al país mucho después que aquellos miserables salvajes pescadores. De éstos sí que se sabe de dónde vinieron. Procedían del Brasil y de la Argentina, y entraron al país atravesando las cordilleras de los Andes, hace más de mil y quinientos años.

Los más numerosos entre esos recién llegados se llamaban en su propio idioma *mapuches*, que quiere decir

EL OCÉANO ATLÁNTICO, TAL COMO ES, Y TAL COMO LO
IMAGINABAN LOS EUROPEOS EN EL SIGLO XV



COMO ES



COMO CREÍAN QUE ERA

El Libro de la América Latina

gentes de la tierra, y, en efecto, ocupaban la mejor y más rica parte de Chile, desde el río Aconcagua hasta el Sur de la actual provincia de Llanquihue. Otras tribus fueron las de los *diaguitas* y *calchaquíes*, que también vinieron de la Argentina y del Brasil, y que poblaron el territorio de las actuales provincias de Atacama, Coquimbo y Aconcagua.

Estos hombres eran también salvajes,

quechuas, que habitaban el Perú, y de los cuales luego hablaremos.

Ni los mapuches, ni los diaguitas, ni ninguna de las tribus chilenas, formaban una nación ni obedecían permanentemente a un jefe común. Vivían en medio de los bosques del Sur, o a orillas de los ríos del Norte, en pequeños grupos aislados, cazando, pescando y recogiendo frutos silvestres.

Construían chozas de paja, de totora



Los habitantes de Chile, antes de la llegada de los españoles, eran salvajes, vivían de la caza y de la pesca y conocían apenas los primeros rudimentos de la agricultura. Eran, con todo, hábiles y valientes para la guerra.

pero no en tanto grado como los changos de la costa.

Como animal doméstico sólo poseían el perro pero usaban el fuego, cocían sus alimentos y fabricaban groseras vasijas de barro. Sus armas e instrumentos eran también de piedra, pero mucho mejor labrados que los de los changos.

Llegaron esos pueblos a aprender algo de lo que hoy se llama agricultura, pues sembraban la patata y el maíz, pero en cantidad muy reducida. Se supone que este arte les vino de sus relaciones cada vez más frecuentes con los indios

y de colihue, se vestían con pieles de animales, y sólo mucho más tarde aprendieron a hacer toscos tejidos con la lana de los guanacos y de las vicuñas, animales que en estado salvaje pululaban en el territorio. Pero es probable que este arte del tejido lo imitaran también de los ya mencionados quechuas.

LA DOMINACIÓN QUECHUA

¿Pero quiénes eran estos quechuas?

Los quechuas, como los *aimaraes*, son dos razas de hombres muy semejantes entre sí, que vivían primitivamente en el territorio actual de Bolivia y en las

Historia de Chile

montañas del Sur del Perú, y que habían alcanzado un grado de civilización superior al de la mayoría de los pueblos americanos.

Antes que ellos, habían dominado en esas mismas montañas del Perú y Bolivia otros hombres de cuya historia no se conserva el menor recuerdo, pero que han dejado monumentos que nos indican su existencia y que prueban la civilización por ellos alcanzada. Es casi seguro que las toscas artes de los primitivos chilenos, las aprendieron de esas antiguas razas hoy desaparecidas, las cuales probablemente llegaron a conquistar alguna parte de nuestro territorio.

Mucho después llegó la hora de la dominación de los quechuas. Al contrario de los indios chilenos, éstos lograron constituir un estado poderoso, bajo el mando de un monarca, llamado el Inca, que esos pueblos creían descendía del sol, que era la divinidad por ellos adorada.

La monarquía quechua tuvo sus orígenes, según la tradición, en las orillas del lago Titicaca, que forma la frontera actual entre Perú y Bolivia. Los incas comenzaron por conquistar las tribus vecinas del Titicaca, y poco a poco fueron extendiendo sus dominios a la costa del Perú, primero; hasta el Ecuador, por el Norte, en seguida, y, más tarde, hasta las regiones septentrionales de Chile.

La conquista quechua no fué una desgracia para los indios de Chile. El gobierno de los incas peruanos les trajo la paz y no pocas mejoras en su antiguo modo de vivir. En cambio, perdieron su libertad y se veían obligados a sacar oro de las minas para pagar los tributos que exigía el conquistador.

Pero no todos los chilenos fueron sometidos por el Inca. Más allá del río Maule, los habitantes, más numerosos y aguerridos, supieron resistir a la invasión extranjera y conservaron su salvaje independencia.

LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES

Si los quechuas vinieron a Chile por

el Norte, los españoles también siguieron el mismo camino.

Nada más maravilloso que la historia de la conquista de América por los españoles. Imperios poderosos, con millones de habitantes, caían en pocos meses en poder de un puñado de aventureros que, aunque pobres, ignorantes y de bajo nacimiento, eran con todo muy superiores a los bárbaros habitantes del Nuevo Continente.

Tales aventureros venían a estas lejanas tierras, no sólo impulsados por el deseo de aumentar los dominios de su soberano, el rey de España, sino también por dos sentimientos muy diversos: la fe religiosa y la codicia. Querían convertir nuevas regiones a las verdades del Evangelio, y enriquecerse rápidamente con los despojos de los vencidos.

Ante todo buscaban el oro y la plata; los demás bienes, como la tierra, por ejemplo, les eran indiferentes, porque no tenían deseos de trabajarla, ni siquiera ánimo de establecerse definitivamente en estos países. Su idea era regresar luego a España con la mayor cantidad posible de metales preciosos.

Una de estas expediciones de aventureros fué la que conquistó el Perú. Con audacia increíble hicieron prisionero al Inca, y después de cortarle la cabeza, sometieron poco a poco todas las provincias que le habían prestado obediencia.

El oro y la plata acumulados por los incas durante siglos, apenas bastaron para saciar la codicia de los conquistadores. Sus dos principales jefes, Pizarro y Almagro, no pudieron ponerse de acuerdo acerca de la repartición de los países por ellos sometidos. De esto nacieron rivalidades y disputas, que más tarde degeneraron en cruentas guerras entre los mismos españoles.

Al mismo tiempo, los indios del Perú deseaban desembarazarse de huéspedes exigentes y tiránicos. Como veían el gusto con que los españoles buscaban ante todo el oro, les dijeron que en Chile lo encontrarían en abundancia.

Esto no era precisamente una men-

tira. De las minas de Chile sacaban los incas del Perú mucho oro, y en este sentido decían la verdad. Pero lo que no había en Chile eran grandes cantidades de oro ya trabajado y acumulado, que era lo que más importaba a los españoles.

La noticia de las riquezas de Chile facilitó un arreglo entre Pizarro y Almagro. El primero seguiría dueño del Perú; en cambio, Almagro emprendería la conquista de Chile.

LA EXPEDICIÓN DE ALMAGRO

Partió Almagro del Cuzco, ciudad capital del Imperio de los Incas, con dirección al Sur. Las penurias que hubo de sufrir la expedición en tan largo camino fueron horribles. La aridez del desierto y los hielos de la cordillera no fueron, sin embargo, obstáculos bastantes para

detener a aquellos hombres esforzados. Almagro llegó de la meseta boliviana a las pampas argentinas y penetró en el territorio chileno, por Copiapó, sin que los indios le opusieran resistencia. Continuó en seguida su camino hasta cerca del sitio en que hoy se levanta la ciudad de Santiago.

Pero el conquistador se detuvo allí, sin pasar más adelante. Dos razones le impulsaron a regresar. Se convenció de que si era cierto que en Chile había ricas minas de oro, era necesario trabajarlas para obtener provecho de ellas.

Tuvo, además, noticias de que los indios que poblaban el territorio más al Sur, eran numerosos y de carácter guerrero e independiente, y que, por tanto, la conquista de este país era difícil y no proporcionaría riquezas inmediatas a los que la emprendieran.

Volvió, pues, Almagro al Perú, muy descontento del arreglo que había hecho con Pizarro. Este descontento dió lugar al rompimiento entre ambos

capitanes y a laguerra entre ellos. Almagro fué vencido y muerto por su afortunado rival. Uno de los tenientes del vencedor, don Pedro de Valdivia, obtuvo entonces permiso para conquistar a Chile.



La primera expedición conquistadora de Chile, mandada por Almagro, no fué feliz. Tras haber sufrido horribles penalidades, penetró en el territorio chileno por el valle de Copiapó, pero después de avanzar hasta el sitio en que hoy se encuentra Santiago, regresó al Perú, sin haber consumado la conquista.

donde fundó a Santiago, el 12 de Febrero de 1541.

Para recompensar a sus compañeros, Valdivia no tenía otro medio que repartir entre ellos los indios que habitaban el país conquistado. Esta era una práctica autorizada entonces por el rey de España, que permitía encomendar cierto número de indios a un conquistador, para que éste los instruyera en la religión cristiana. En realidad, los españoles no pensaban tanto en cumplir este encargo, como en emplear a los indios encomendados en sacar oro de las

CONQUISTA DE CHILE POR VALDIVIA

Valdivia formó un pequeño ejército, de ciento cincuenta españoles y algunos miles de indios peruanos, y se vino a Chile,

LOS CONQUISTADORES DE CHILE DON DIEGO DE ALMAGRO Y DON PEDRO DE VALDIVIA



El primer español que intentó la conquista de Chile fué don Diego de Almagro, que partió, a este efecto, desde el Cuzco, al mando de un pequeño ejército. El Cuzco era la capital del imperio peruano de las incas, que acababa de ser sometido por los españoles.—Esta primera expedición no tuvo buen éxito.



Don Pedro de Valdivia, el verdadero conquistador de Chile, fué derrotado y hecho prisionero por los araucanos, en el combate de Tucapel. El desventurado jefe español murió en medio de los suplicios a que lo sometieron los bárbaros.

El Libro de la América Latina

minas. Mientras de más indios dispusiera un conquistador, con tanta mayor rapidez podía reunir la cantidad de oro que ambicionaba. Mas, los indios no gustaban de trabajar en provecho de otros, como era natural, y desde el principio se sublevaron más de una vez contra sus intrusos dominadores. La naciente ciudad de Santiago fué in-

hasta el territorio que luego sería famoso bajo el nombre de Araucanía, y que se extiende al Sur del Bío-Bío. A orillas de este río fundó la ciudad de Concepción y, más al Sur, otras pequeñas poblaciones, destinadas a dominar aquel extenso territorio.

Pero los indios araucanos eran los más valerosos y soberbios de la América, y



Don Pedro de Valdivia, al mando de un ejército de ciento cincuenta hombres, partió del Perú, conquistó el Norte y el centro de Chile, y fundó la ciudad de Santiago en 1541.

cendiada por los indios, y casi cayó por completo en poder de los bárbaros.

Aun cuando los españoles lograron dominar estas revueltas, Valdivia no podía disponer de un número de indios bastante grande para satisfacer la codicia de sus compañeros, porque la población del Norte y del centro de Chile era muy escasa. Esto decidió la conquista del Sur, mucho más difícil y peligrosa.

Así penetró con sus escasas huestes

muy luego se alzaron en armas contra sus opresores.

En los primeros encuentros los indios fueron casi siempre vencidos, porque ignoraban aún la manera de combatir de los españoles, los asustaban las armas de fuego y creían que los caballos (cuya existencia antes no conocían) eran monstruos invencibles.

Pero un joven indio llamado Lautaro, que había estado al servicio de los conquistadores como criado de Valdivia,

Historia de Chile

abandonó a sus amos y supo infundir nuevo valor a sus compatriotas. Dirigidos por Lautaro los indios vencieron a los españoles cerca de Tucapel y tomaron prisionero al mismo Valdivia.

La leyenda cuenta que los araucanos dieron muerte al conquistador haciéndole beber oro derretido, como para castigar la codicia del que, para obtener el precioso metal, había reducido a los indios a dura esclavitud.

Desde entonces el territorio de Arauco

Así empezó lo que se llama la Colonia. Vamos a dar una idea de lo que llegó a ser Chile bajo este sistema.

La población de Chile se formó de la mezcla de los conquistadores españoles con los indios conquistados. Había, pues, varias clases sociales.

La más elevada era la de los españoles que venían a establecerse en el país, y que, por el hecho de haber nacido en España, eran considerados como seres superiores a los demás habitantes.



Poco más de cien años después de su fundación por los españoles, Santiago, la capital de Chile, fué destruída por el horrible terremoto de 13 de Mayo de 1647.

fué teatro de una guerra continua entre los españoles, que querían someterlo, y los indios, incansables en conservar su independencia. Esta guerra ha durado casi hasta nuestros días.

LA COLONIA

El Norte y el centro de Chile fueron sometidos por completo. Los indios perdieron allí su antigua libertad, su territorio fué repartido entre los conquistadores, y gobernado en nombre de los reyes de España.

Los hijos de estos españoles, nacidos en Chile, eran llamados criollos, y cuando eran de pura raza europea gozaban de casi tanta consideración como los venidos de España, pero por lo regular se les mantenía alejados del gobierno y de los empleos públicos.

Tanto los españoles europeos como los nacidos en Chile, se casaban frecuentemente con indias, y así se formó una raza de mestizos de blancos e indios que poco a poco fueron adoptando las mismas costumbres de los conquista-

El Libro de la América Latina

dores, aunque ocupaban un rango inferior en la sociedad.

Los indios puros, antiguos dueños del país, fueron desapareciendo poco a poco en todo el territorio dominado por los españoles; las epidemias, y el duro trabajo de las minas, a que no estaban acostumbrados, los diezmaron horriblemente, y los que sobrevivieron acabaron por confundirse con los mestizos: olvidaron su idioma y sus costumbres bárbaras, para convertirse en inquilinos de las haciendas, o en peones y artesanos de las ciudades.

Todo el país fué dividido en grandes propiedades, que se repartieron entre los conquistadores.

La mayor parte de los chilenos vivía durante la Colonia en el campo, que sin embargo estaba entonces mucho menos poblado y cultivado que hoy en día. Las casas que habitaban los dueños de las grandes haciendas, eran espaciosas, pero muy modestas, y el lujo era en ellas desconocido. En cuanto a los pobres inquilinos, debían conformarse con miserables ranchos cubiertos de paja, como aun se ven hoy en algunas regiones pobres y atrasadas de Chile.

Los caminos eran muy malos, y se ponían intransitables con las lluvias del invierno. No se viajaba sino a caballo, o en carreta; los coches eran apenas conocidos, fuera de Santiago.

Así, en cada hacienda, el propietario era como un rey, y sus trabajadores apenas gozaban de una situación superior a la de un esclavo.

Algunos de ellos, los descendientes de los antiguos indios *encomendados*, eran verdaderos esclavos.

El cultivo de esos fundos era muy fácil. La riqueza principal de las haciendas consistía en ganados, que se mataban para hacer *charqui*, o sea carne secada al sol, y sebo, productos que, en los primeros tiempos sobre todo, fueron los más importantes del país, y que se vendían para el consumo de los habitantes y para ser llevados al Perú, en cambio de otros artículos de comercio.

Algo más tarde tomó importancia el

cultivo del trigo, de los frejoles, de la viña y demás frutos de la tierra.

Sólo Santiago merecía en Chile entonces el nombre de ciudad, aunque su población no llegó, hasta en los últimos años de la Colonia, sino a igualar la que ahora tienen las capitales de provincia de segundo orden, como Curicó, por ejemplo; pero era mucho más pobre todavía y más atrasada que aquéllas.

Las casas, con raras excepciones, eran de un solo piso; las mejores, de barro o adobes, y cubiertas con tejas groseras; y, así y todo, la mayoría de la ciudad era aún más miserable, pues se componía de ranchos de ramas y paja.

COSTUMBRES COLONIALES

Las familias ricas gozaban de algunas comodidades, pero que no pueden ser comparadas con las que hoy están al alcance de gentes de la condición más modesta. El aseo personal y el de las habitaciones eran refinamientos de que no se tenía la más remota idea. El lujo de los ricos consistía casi enteramente en las exterioridades, es decir, en ricos trajes de seda y terciopelo bordados de oro y plata, en costosas vajillas de metales preciosos, y en algunos muebles de valor, objetos todos que se transmitían por herencia de padres a hijos durante varias generaciones.

Como hemos dicho, la mayor parte de los españoles que vinieron a América eran de condición muy humilde, no superior, por lo regular, a la de los inmigrantes de ahora. En los primeros tiempos de la conquista vinieron principalmente soldados para combatir con los araucanos, y más tarde comerciantes de ínfima clase, cuyos hábitos no eran muy diferentes de los de los italianos que hoy establecen pequeñas tiendas de provisiones en los barrios apartados de las ciudades de Sud América.

A fuerza de trabajo y de economía, algunos de estos comerciantes lograron enriquecerse y adquirir vastas propiedades de campo. Entonces procuraban hacer olvidar su humilde origen, y muy luego entraban a formar parte de lo que se ha llamado la aristocracia colonial;

Historia de Chile

se unían por matrimonio con las familias ya empobrecidas de los antiguos conquistadores y compraban en España pergaminos según los cuales todos ellos descendían, cuando menos, de reyes o de príncipes famosos.

Las costumbres de estas gentes que, así y todo, ocupaban el más alto puesto de la sociedad chilena, eran sencillas y patriarcales. En cada casa la autoridad del padre de familia era absoluta. Los jóvenes y las niñas no gozaban de liber-

hijos, sino también a los descendientes y criados de éstos, como se lee en la Biblia que ocurría con los patriarcas del Antiguo Testamento.

Cuando se aproximaba la época de las cosechas, toda la familia se trasladaba a la hacienda, generalmente en carreta. Un viaje así duraba varios días, por escasa que fuera la distancia que había de recorrerse.

Entre Santiago y Valparaíso se empleaban ocho días por lo menos.



En la época colonial, las costumbres de los chilenos eran muy severas. En las reuniones sociales los jóvenes y las damas se sentaban separados los unos de las otras, a ambos lados del salón. Nuestra ilustración representa una tertulia chilena en 1790.

tad alguna, y sólo se casaban con el novio o la novia elegidos por los padres. Antes del matrimonio, las mujeres no salían a la calle sino en raras ocasiones, y en los bailes y reuniones sociales era de rigor que los jóvenes de ambos sexos se sentaran separados a uno y otro lado del salón, o estrado, como entonces se decía.

Las familias eran numerosas, pero el escaso valor que tenían entonces los objetos necesarios para la vida, hacía posible para un solo dueño de casa el mantener dentro de ella no sólo a sus

Muy poco instruídos eran nuestros padres: las mujeres, aún de la más alta clase, no siempre aprendían a leer y a firmar, y los pocos libros que había en las casas eran sólo devocionarios o vidas de santos.

Aquella vida tranquila, sin grandes diversiones, sin teatro ni lecturas, repartida entre el comercio y las labores del campo por una parte, y los chismes de vecindad por otra, no podía ser más monótona. Así los acontecimientos que hoy día parecen más insignificantes, ocupaban entonces todos los pensa-

El Libro de la América Latina

mientos de nuestros padres. La elección de un superior de congregación religiosa, la llegada de España de un nuevo Gobernador o Presidente, la noticia del nacimiento de un príncipe en Madrid, las fiestas religiosas, los días de santo, la muerte de un obispo, daban lugar a charlas y comentarios por muchos días.

La alimentación era abundante y suculenta, pero poco variada. Se comía muchísima carne, puesto que un buey gordo no valía más de diez pesos. Las frutas no tenían precio: se regalaban simplemente. El te y el café no eran siquiera conocidos; el azúcar constituía un artículo de lujo al alcance sólo de los ricos, que lo empleaban para hacer confites y para endulzar el *mate*, bebida traída del Paraguay y que usaban entonces todas las clases sociales.

Si tal era en Chile la vida de los grandes señores, fácil es comprender la miseria y la ignorancia que dominaban en el bajo pueblo, sometido en los campos a los patrones y hacendados.

CONDICIÓN POLÍTICA DE CHILE DURANTE EL COLONIAJE

Chile no era entonces un país libre, es decir, que no se gobernaba a sí mismo, como sucede ahora. Sus habitantes obedecían al rey de España, esto es, a un soberano que residía más allá de los mares, a cinco o seis meses de fatigoso viaje en buques de vela.

La obediencia a este soberano constituía para los chilenos un deber religioso, que se les inculcaba desde la niñez, como ahora se les enseña el respeto y la obediencia al padre y a la madre. La discusión de los actos de gobierno era considerada como un delito, y la sola idea de sustraerse a su obediencia habría sido estimada merecedora de la pena de muerte.

El rey de España deseaba naturalmente que estas ideas no sufrieran cambio ni menoscabo con el transcurso del tiempo, y con este fin tenía adoptadas las más minuciosas precauciones.

Los extranjeros, esto es, los que no eran súbditos del rey de España, no podían residir en el país, sino por mera

tolerancia y expuestos siempre a ser expulsados por las autoridades, aun cuando fueran personas tranquilas y religiosas. Así, en 1810 no había en Chile ni siquiera un centenar de extranjeros, de los cuales sólo uno no era católico.

Además, no era permitida la introducción de otros libros que aquellos aprobados por el gobierno, y como en el país no existía imprenta alguna, los chilenos no leían sino aquello que el rey de España quería permitirles.

Las leyes, por otra parte, castigaban severamente no sólo las acciones, sino las palabras contrarias a la autoridad y a la religión tal como entonces los gobernantes la entendían.

En nombre del rey de España dirigía los destinos de Chile un alto funcionario que llevaba el título de Presidente o Gobernador, y que era designado, de ordinario, por el primero de estos nombres. El Presidente no era nunca chileno, sino español, y lo mismo sucedía con los demás empleados del gobierno, con raras excepciones.

El poder del Presidente era muy vasto, puesto que era el representante del rey, el jefe del ejército, y formaba, además, parte de la Real Audiencia, que era en aquella época el Tribunal Superior del entonces llamado reino de Chile. Pero, con todo, era costumbre dejar a la resolución del gobierno español, es decir, a la del rey, aun los asuntos de importancia muy secundaria.

No existía, por supuesto, ni Congreso, ni autoridad alguna elegida por el pueblo. Todo venía del rey.

La justicia era ejercida en los pueblos y ciudades por corregidores, nombrados también por el rey, y, en segunda instancia, por la Real Audiencia, tribunal de cuyas sentencias podía apelarse ante el mismo rey.

Este sistema de gobierno en que un solo hombre es llamado por derecho de nacimiento a mandar a sus semejantes, sin ninguna limitación, es lo que se denomina absolutismo.

No vaya a creerse, sin embargo, que los gobernantes de Chile fueran malos

y tiránicos. Por el contrario, la mayoría de nuestros Presidentes coloniales, sobre todo en los últimos cien años de la dominación española, fueron hombres honrados, laboriosos, progresistas y que merecen, por sus trabajos en pro del bienestar de Chile, la gratitud de la posteridad. Pero no puede decirse lo mismo de su sistema de gobierno, y a este respecto las quejas de nuestros padres no podían ser más fundadas.

No echaban de menos entonces los chilenos unos derechos de que apenas tenían idea remota, pero les mortificaban los perjuicios que sufrían sus intereses y su amor propio bajo el gobierno de España.

Estos perjuicios eran de dos clases:

En primer lugar, todos, o casi todos, los cargos públicos eran desempeñados por españoles, por gentes que no pertenecían a nuestra sociedad, ni tenían lazos con ella. El orgullo de estos extranjeros era frecuentemente intolerable, y los mismos chilenos, dentro de las ideas de la época, contribuían a fomentar aquel orgullo, porque siempre preferían en todo al español, como si fuera de una raza superior, ya se tratara del matrimonio de una hija, o de cualquier acto social.

Esto era humillante y triste para los hijos del país. Pero lo que más perjudicaba a los chilenos de entonces, era el régimen comercial a que sometía España a sus colonias. El comercio de América estaba cerrado por completo a

los extranjeros, y estos países sin industrias debían comprarlo todo en España, a pesar de que este país se encontraba muy atrasado en sus manufacturas, que eran por lo regular muy caras y de mala calidad.

En este punto el gobierno español era inflexible, y llegó hasta prohibir en América el cultivo de la viña y del olivo, a fin de que los habitantes de las colonias se vieran obligados a comprar en España el vino y el aceite.

Poco a poco, algunos hombres ilustrados, en Chile y en algunas otras colonias, comenzaron a desear, como era natural, un cambio en el modo como eran gobernados estos países. No se atrevían todavía a pensar en la independencia, pero sí en conseguir la igualdad de los americanos con los españoles, para ocupar los cargos públicos, y en la libertad del comercio. Estas aspiraciones debían traer más tarde la Independencia.

Cuando las colonias inglesas de Norte América que hoy forman los Estados Unidos, se separaron de Inglaterra por motivos análogos, este ejemplo no pudo menos que alentar a los tímidos reformadores de que hemos hablado, pero, a pesar de todo, una revolución en la América española no parecía posible, y ella no habría tenido lugar sin una circunstancia especial que permitió realizarla en poco tiempo, y mucho antes de lo que los más previsores se atrevían a esperar.

